



+

«Se retiró a la soledad y allí, como suavísima fruta, esparció su aroma llamando hacia Cristo a los engañados por la vana gloria del mundo»(Título fúnebre n.54)

Queridos hermanos,

Con gran alegría celebramos hoy en comunión con toda la Iglesia, y especialmente con la familia cartujana, la solemnidad de Nuestro Padre San Bruno. Es una ocasión propicia para que, admirados por la grandeza y profundidad de su espíritu, elevemos a Dios una sincera acción de gracias por habernos dado, en su admirable Providencia, tan excelso Padre. En orden al crecimiento de nuestra vida espiritual el conocimiento, la compenetración y el amor filial a nuestro tres grandes Patronos, San Benito, San Bruno y Santo Tomás de Aquino, han de ser algunos de los elementos más diligentemente cuidados por cada uno de los miembros de nuestra Schola Veritatis. Debemos, sobre todo, ir comprendiendo como brilla en ellos *el amor a la verdad*, rasgo esencial de nuestra vocación, y la entrega plena a un camino de santidad con miras a lo alto, a la eternidad, con grandeza, con magnanimidad, dejando de lado mezquindades de nuestra parte, teniendo como causa final esa unión transformativa a la que nos sabemos llamados e impulsados. Por eso, no desaprovechemos el don que hoy se nos concede para conocer y amar más a nuestro Padre San Bruno y rogar al divino autor de todo bien, que se digne reproducir en nosotros las virtudes con que de manera admirablemente adornó su alma.

San Bruno es uno de los hombres más grandes e ilustres del Siglo XI. Ya desde temprana edad brilló por su inteligencia sobresaliente, lo que lo llevó a ser nombrado maestrescuela de Reims con tan solo 26 años de vida, es decir, como si hoy día fuese un profesor de renombre mundial. Contó ahí con muchos discípulos, entre esos el futuro Papa Urbano II. Años después es nombrado canciller de la diócesis. Su amor por la verdad se hace manifiesto de manera clara en la oposición franca y abierta al arzobispo simoníaco Manasés I, de tal manera que su situación se torna insostenible, por lo que decide buscar refugio en el castillo de un amigo. Como tantas veces ocurre, *la hora de la prueba constituye para San Bruno la hora de la luz*; en medio de la persecución por la verdad, el Espíritu Santo irrumpe en su vida con el llamado a la soledad y él, con este espíritu grande que lo caracteriza, seducido del todo por este llamado a lo infinito... se deja guiar por la Providencia divina, hasta llegar al Desierto de Chartreuse, en el Delfinado. Después de atravesar no pocas pruebas y dificultades, logra instalarse en el lugar que sacia los anhelos más profundos de su alma y llevar ahí una vida quieta y sosegada, consagrada toda ella a la unión con el Único necesario. Pero ante la inesperada y no deseada llamada del Papa Urbano II a servirlo en la corte romana, San Bruno no duda en sacrificarlo todo en un acto heroico de la virtud de la obediencia. Finalmente, después de algunos años, el Papa se rinde ante el misterio de su vocación al desierto, permitiéndole instalarse en Calabria donde pasará el último tiempo de su vida consagrado a su ideal de vida contemplativa.

Este breve relato nos da ocasión para comentar algunas de las más notables virtudes que el Espíritu Santo sembró en él, y que lo hizo tan admirado y estimado por los hombres de su tiempo. Ciertamente que dones tan altos desbordan infinitamente lo que uno pueda decir en una homilía; por eso ninguno de nosotros haría mal en leer y meditar en este día las dos cartas en las que él mismo manifiesta con notable transparencia los verdaderos atractivos de su alma.

Brilla en San Bruno como primer elemento, un *grandísimo amor a la Iglesia y obediencia plena a las directrices de los Sumos Pontífices*. Lo pongo en primer lugar, como para destacar que en condición de verdaderos hijos suyos, debe ser este el principal rasgo que destaque en la vida de nuestra comunidad. Vemos en primer lugar que San Bruno no teme arruinar completamente su situación personal por denunciar un mal terrible que aflige a su diócesis y que estaba dañando a la Esposa misma del Cordero, y que es la obtención simoníaca del cargo de Arzobispo de Reims por Manasés I. Años más tarde, viviendo ya en el desierto de Chartreux, otro hecho nos revela esta misma actitud espiritual. Aquella soledad conquistada al precio de tal paciencia y tan conscientes renunciadas, aquella soledad en la que había hallado respuesta a las más profundas aspiraciones de su alma, aquél puro amor de Dios, aquella experiencia espiritual que parecía claramente favorecida por Dios y que prometía tan maravillosos frutos de santidad, todo aquello quedaba reducido a la nada por una orden del Papa que le manda servirle en Roma. Bruno se encuentra, a sus sesenta años, ante el sacrificio total de su proyecto primitivo por el que tanto había luchado. Y obedece al instante, de forma absoluta e incondicional. Cuando el Papa Urbano reconoce que no puede retener a Bruno consigo por más tiempo pues la llamada de Dios es apremiante, le pide que se quede en Italia y él, con toda docilidad y simplicidad interior, accede a instalarse en Calabria en contra de sus profundos deseos de volver al desierto de Chartreux.

Además de este espíritu de obediencia a la Iglesia, destaca en el alma de N. P. San Bruno una profunda humildad y sencillez. Es, sin duda, otro de los puntos que debemos impetrar como rasgo fundamental de nuestra vida, en lo personal y en lo comunitario. En no pocas ocasiones hemos tenido la posibilidad de reflexionar sobre como la virtud de la humildad se inserta en este amor a la verdad que por vocación nos caracteriza, pues ante todo el humilde posee el recto juicio sobre sí mismo, sobre su nada, su pecado, su propia bajeza y su incapacidad para hacer algo bueno sin Dios, tanto en el orden natural como en el sobrenatural.

Ya vimos la humildad de Bruno manifestada primeramente en la obediencia a sus superiores. Nos asombra, también, notar como un hombre con unas capacidades intelectuales y de carácter, de naturaleza y de gracia verdaderamente sobresalientes, renunció a los altos honores de los que todos lo juzgaban digno (primero a la dignidad de arzobispo de Reims y luego a la mitra de Reggio) para abrazar una vida pobre y oculta entre las montañas, en soledad con Dios Solo, completamente desconocido y olvidado del mundo. Las dos cartas que conservamos de él están llenos de los nobles sentimientos que animan a las almas verdaderamente humildes; aquél varón que incitaba a todos a una entrega más plena a Dios con la sola perfección de su ejemplo, se confiesa atribulado por sus muchas faltas, considerando más altos en virtud y santidad a aquellos a quienes escribe.

San Bruno, humilde y obediente, destaca también, como un tercer elemento: su entrega magnánima, plena, total a Dios en la vida puramente contemplativa, sin resistencias mezquinas, con grandísima fortaleza para superar todos los obstáculos, con ánimo inquebrantable *fruto de la fe que lo animaba*. Entrega que hoy pedimos a Dios que esté viva en todos nuestros miembros de la Schola Veritatis, laicos y monjes. El Único necesario, Dios uno y trino, es objeto de una búsqueda intensa de N. P. San Bruno en la soledad. Se ha entregado a Dios ardiendo en amor y ha renunciado a cuanto podía apartarle de su objeto. En la soledad el alma permanece libre de todo contacto con el mundo, de cualquier ocupación o preocupación que no sea Dios solo: esta es *la virginidad espiritual*. En un silencio profundo de los cuidados de la tierra y un desprendimiento de todo apego, el alma del santo se une plenamente a Dios. Así entendida, la vida de San Bruno grita a los hombres de todos los tiempos la existencia de una Bondad infinita, única capaz de saciar los anhelos más profundos del corazón humano. Grita silenciosamente la existencia de un cielo y de un infierno, de un juicio, de una eterna felicidad y de una eterna perdición. Él mismo, viviendo de cara a la eternidad, lo dijo con toda claridad al escribirle a su querido amigo Raúl le Verd, con quien años antes había hecho voto de entregarse a Dios en la vida monástica. Le advierte sobre el castigo ineludible que pesa sobre los que se apartan de la voluntad de Dios, y del gozo íntimo que él experimenta en la docilidad al amado de su alma.

Nuestro Padre San Bruno, viviendo una vida en la soledad y el desierto que a nuestros ojos podría parecer tan dura, es uno de los santos que más destaca por su alegría. De él se dice que era un hombre tranquilo, mesurado, de igualdad inalterable de carácter, y que tenía el rostro siempre en fiesta. Y es que el desierto engendra, a quien a él se entrega, gozo y utilidad divino, enteramente celestiales. Para él, la vida de soledad en Dios se desarrolla ambientada en un profundo gozo del alma. Esta vocación, aunque se ve privada de tantas satisfacciones sensibles, y aunque atraviesa momentos de cruz y de prueba interior, está en posesión del mayor gozo que puede existir: vivir consagrado exclusivamente a dar gloria a Dios, preludio de la alegría sin fin de la eternidad. El gozo de la soledad y el desierto llevó a que al final de su vida Bruno pudiera contemplar la divina esencia bajo el atributo de su Bondad, «O Bonitas!» Y de tal contemplación el mismo santo se convirtió en un fiel reflejo. Si se le amaba tanto, si se menciona tanto su bondad, es porque la irradiaba como fruto de la plenitud de su unión con Dios. No es de extrañar que sus hijos cartujos dijeran de él que *unía a la firmeza de un padre el corazón de una madre*.

Resumiendo lo dicho, San Bruno es Maestro de gran penetración, luz y guía en el camino que conduce a las cumbres de la sabiduría. Fuente de doctrina, de obediencia, de humildad, de virginidad espiritual, ejemplo de bondad. Bruno no solo suscitaba admiración, sino que conquistaba simpatías y amistades. Tenía esa grandeza de alma y fuerza de carácter para proseguir hasta el fin, pase lo que pase, lo que juzga ser la voluntad de Dios. *Amaba la verdad, por eso murió rodeado de sus hijos, rezando el Credo de nuestra amada Iglesia católica*. Pidamos a la Trinidad beatísima, que tanto se complacía en el alma virgen y pura de nuestro buen Padre que nos conceda el don de esta entrega plena, incondicional, con miras a lo alto, con un abandono efectivo y afectivo de los bienes de este mundo. Que nos dé en lo comunitario avanzar siempre con un espíritu alegre, sencillo, humilde, obediente, incondicionalmente sumiso a la voz de nuestra Madre la Iglesia. Y que nos conceda dar en estos tiempos tan terribles de la historia del mundo y de la Iglesia, testimonio firme de la verdad, cada cual desde su vocación: esto es, de la primacía de las realidades espirituales, del amor de Dios y de la inefable alegría de vivir para servirle. Que la Reina de la Schola Veritatis, nos lo alcance. Amén.